

# **DONDE LA MUERTE TE ENCUENTRE**



**FERNANDO OTERO**

XVII PREMIO DE NOVELA  
ATENEJOVEN DE SEVILLA

**algaida**



El jurado de los Premios de Novela Ateneo de Sevilla estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Miguel Cruz Giráldez, Ángel Basanta, Miguel Ángel Matellanes, María Prior, José Domínguez León y Antonio Bellido (Secretario). La novela *Donde la muerte te encuentre*, de Fernando Otero, resultó ganadora del XVII Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Primera edición: 2012

© Fernando Manuel Otero Saborido, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9877-817-5

Depósito legal: Se. 3677-2012

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO 1 .....	13
CAPÍTULO 2 .....	17
CAPÍTULO 3 .....	19
CAPÍTULO 4 .....	25
CAPÍTULO 5 .....	33
CAPÍTULO 6 .....	39
CAPÍTULO 7 .....	47
CAPÍTULO 8 .....	53
CAPÍTULO 9 .....	61
CAPÍTULO 10 .....	65
CAPÍTULO 11 .....	69
CAPÍTULO 12 .....	75
CAPÍTULO 13 .....	83
CAPÍTULO 14 .....	89
Diario de Raúl Villar en Bolivia .....	99
Diario de Raúl Villar en Bolivia .....	101
CAPÍTULO 15 .....	103
CAPÍTULO 16 .....	105
Diario de Raúl Villar en Bolivia .....	107
Diario de Raúl Villar en Bolivia .....	109
CAPÍTULO 17 .....	111
Diario de Raúl Villar en Bolivia .....	117

Diario de Raúl Villar en Bolivia . . . . .	119
Diario de Raúl Villar en Bolivia . . . . .	121
CAPÍTULO 18 . . . . .	123
Diario de Raúl Villar en Bolivia . . . . .	125
Diario de Raúl Villar en Bolivia . . . . .	127
CAPÍTULO 19 . . . . .	129
CAPÍTULO 20 . . . . .	133
CAPÍTULO 21 . . . . .	139
CAPÍTULO 22 . . . . .	151
CAPÍTULO 23 . . . . .	155
CAPÍTULO 24 . . . . .	165
CAPÍTULO 25 . . . . .	169
CAPÍTULO 26 . . . . .	175
CAPÍTULO 27 . . . . .	181
CAPÍTULO 28 . . . . .	189
CAPÍTULO 29 . . . . .	193
CAPÍTULO 30 . . . . .	197
CAPÍTULO 31 . . . . .	201
CAPÍTULO 32 . . . . .	209
CAPÍTULO 33 . . . . .	217
CAPÍTULO 34 . . . . .	227
CAPÍTULO 35 . . . . .	233
CAPÍTULO 36 . . . . .	241
CAPÍTULO 37 . . . . .	251
CAPÍTULO 38 . . . . .	257
NOTA DEL AUTOR . . . . .	263

*Para Elizabeth, que al entregarme su vida me regaló  
—casi sin saberlo— el tono de esta historia*

*A Fernando Otero Martín y Paula Saborido Lobato,  
mis verdaderos ídolos*



*Algo que realmente se ha desarrollado en mí es la sensación de lo masivo en contraposición con lo personal; soy el mismo solitario que era, buscando mi camino sin ayuda personal, pero ahora poseo el sentido de mi deber histórico. No tengo hogar, ni mujer, ni hijos, ni padres, ni hermanos, ni hermanas. Mis amigos son mis amigos en tanto piensen políticamente como yo y, sin embargo, estoy contento, siento algo en la vida, no sólo una poderosa fuerza interior que siempre sentí sino también el poder de inyectarla a los demás y el sentido absolutamente fatalista de mi misión que me despoja del miedo.*

Carta del Che a su madre Celia desde la India





*Vallegrande (Bolivia).  
10 de octubre de 1967*

UNA DE LAS MONJAS QUE OCUPARON LA LAVANDERÍA del hospital Nuestro Señor de Malta le inyectó formaldehído en la garganta para evitar la descomposición del cadáver del guerrillero. Antes de que periodistas, vallegrandinos y otros curiosos desfilaran ante el cuerpo, varias de las religiosas encomendaron su fe, como talismanes infalibles, a los mechones de cabello que cortaron de un pelo enmarañado. Con el torso desnudo, el cuerpo descansaba sobre una batea que habían depositado en una pila de hormigón de la lavandería. Se corrió la voz entre los pobladores de que el cadáver del comandante, con la cabeza alzada, los ojos abiertos y la mirada libre e inmortal, aún se aferraba a la vida. Parecía que sus ojos miraban a los curiosos como a veces los feligreses creen que miran, pestañean o componen un leve gesto sus imágenes religiosas a las que se encomiendan mientras las observan durante minutos.

A Félix Rodríguez, el agente de la CIA que tenía orden de interrogarlo, también le sobrecogió su mirada. Lo encontró sentado en el suelo unas horas antes de que lo ejecutaran. Tenía las manos atadas, los pies llenos de barro, la ropa hecha jirones con sangre asomando en una de las heridas del muslo. El rostro óseo y demacrado emergía oscurecido en la esquina de la habitación en la que se acurrucaba. «Aunque estaba vivo, era un montón de basura», recordó Rodríguez. Pero los ojos de ese despojo humano desangrándose en el suelo del aula recorrieron toda la habitación y se clavaron en los suyos hasta atravesarlos. No pudo sostenerle la mirada. Así que no soportó mucho tiempo en solitario ante aquel hombre atado y moribundo y salió de la escuela abandonada en el poblado de La Higuera.

En Vallegrande, horas más tarde, los mismos ojos abiertos del cadáver del Che Guevara sobre la pila de la lavandería y esa mirada indómita confirmaban que la energía de los muertos persiste en el mundo de los vivos. Pero no sólo la mirada de un fenecido pervivía en el lado real de la vida. Gracias al sargento Mario Terán, su verdugo momentos antes, también perduró su sentido del gusto, la saliva del Che en su inseparable pipa: un trozo de madera que le quitaría minutos después de dispararle varias ráfagas en el suelo. Su combatividad vital prendida para siempre en la carabina M-2 que el coronel Centeno le expolió y se quedó de por vida tras detenerlo. Por último, su pensamiento, mezcla de emoción arrebatadora y frial-

dad analítica, salvado del olvido gracias al coronel Selich, que se apropió del portafolios del Che ostentándolo como un trofeo taurino instantes después de la ejecución del guerrillero. Una de las monjas se santiguó tras contemplar por última vez el cadáver del comandante Guevara sobre la batea y murmuró: «Es el rostro de Jesucristo». Otra contestó: «Los comunistas no creen en Jesucristo».



**L**A NOCHE QUE GINÉS MALDONADO ABANDONÓ Silebar para completar en La Habana su investigación sobre la muerte del Che Guevara, Raquel Osorio soñó que regresaba feliz de la recogida de aceituna para encontrarse con Ginés a la salida del instituto. Llegaba a casa y hundía su cuerpo desnudo en la bañera de zinc que sus padres aún conservaban. Embadurnaba en aceites y sales su piel y contornos redondeados que un día hechizaron a Ginés Maldonado y, por último, mimaba sus manos con olorosas cremas, unas manos endurecidas por el trabajo en el campo. En su sueño, Raquel Osorio se miraba al espejo y no se reconocía; no pensaba que el amor por un hombre hubiera convertido a una mujer campesina, tosca y sencilla en una señorita moderna repleta de afeites cosméticos impensables para una fémina de Silebar. Se paseaba por delante de la Venta de los Tres Gatos del brazo de Ginés Maldonado y muchas o todas las mujeres de

Silebar envidiaban la conquista del guapo forastero. Pero al despertar, nada de eso era cierto, y supo que él ya no estaba, que no iba a recogerlo a la salida de las clases, que jamás se pasearía por las calles de Silebar agarrado de su brazo.

*La llegada, ese momento absoluto que determinará la emotividad que transmite un lugar. El aterrizaje en cualquier parte, esa fotografía de la percepción. Esa primera impresión del paladar aglutinadora de todas las sensaciones que vendrán luego. ¿Cómo forja nuestro cerebro esos primeros instantes? ¿Cómo huelen los primeros aromas del nuevo aire? ¿Cómo fija nuestra retina el paraje descubierto?*

Nota de Ginés Maldonado

**E**N MEDIO DEL TUMULTO ORGANIZADO EN INTERMINABLES filas humanas en el aeropuerto José Martí de La Habana, Ginés Maldonado escrutó una a una las figuras femeninas de las colas que hacían exasperante el acceso a la aduana del aeropuerto. Escuchó sus voces, discriminó matices en sus acentos hispánicos cuyas palabras resultaban inteligibles a pesar de encontrarse en un país extranjero, pero ninguna de aquellas mujeres exhibía la espontaneidad pelirroja de Raquel Osorio; el recuerdo de Raquel lo disiparon el apremio de los funcionarios y su poder intimidatorio con aquellas miradas coercitivas que desarmarían al más confiado de los sospechosos. Ginés Maldonado aún guardaba, cerrada en el bolsillo de su chaqueta, la carta que Raquel le había escrito antes de abandonar Silebar.

«Pasaporte y visado». Un funcionario cubano se reclinaba sentado en una pequeña cabina de unos tres metros

cuadrados sin más mobiliario que una antigualla de teléfono. Consultó la documentación que le entregó Maldonado bajo un anaquel que hacía las veces de escritorio. Escribió algo, le dio las gracias a Ginés Maldonado y pulsó el botón que abría la puerta a Cuba. Tras ella más austeridad. Más policía. Todos mestizos o blancos. Todos muy altos, parecían elegidos para causar una sensación de autoridad, de aviso, como diciendo: «¡Eh, señor turista, está usted en Cuba! ¡Mucho cuidado!». Todos muy serios y el calor pegajoso adherido a la piel. Tras el vistazo general, el detector de metales era la barrera más inmediata en su avance. Caminó hacia él, dejó su bolsa de mano y su mochila en la cinta transportadora y vio a un policía cubano al otro lado del detector. Muy alto, mestizo, de nuevo uniforme marrón claro sin gorro. Al dejar su equipaje sobre el detector quedó al descubierto su cámara de fotos atada al cinto. El cubano continuó la vigilancia de Ginés Maldonado desde el otro lado. Aún no había atravesado el detector y el policía se dirigió hacia a él, interponiéndose en su trayectoria e instigándolo con la mirada.

—La cámara también —Ginés Maldonado se quitó el cinturón que estaba atado a la cámara y depositó ambos dentro de la cesta que le ofrecieron.

—El *enguatao* —le dijo señalando algo al tiempo que lo rodeaba con la mirada.

—¿Perdón? —A su mezcla de aturdimiento y miedo se unió la incomprensión. No entendía a qué se refería.



—¡Quítese el *enguatao*! —Con la inconfundible melodía cubana alargada y dulce, esta vez a su orden la acompañó un breve tirón de la sudadera que llevaba atada a la cintura. Se la quitó y la depositó en la cinta.

—Venga para acá.

Cogió sus pertenencias de la cinta transportadora y las depositó encima de una mesa. Ginés Maldonado se colocó al otro lado de la mesa y el policía comenzó a registrar su mochila.

—¿A qué se dedica usted en España? —El policía desechó la mochila por un momento y se dirigió a la cámara. La abrió y la inspeccionó durante unos instantes, sin mirarlo al hablarle. Sus ojos se concentraban en el interior de su mochila.

—Soy profesor de Historia.

—Buena cámara. ¿Cuánto le costó?

—Ciento veinte euros.

Abrió la mochila y tomó las gafas como primer tesoro del botín. Las extrajo de la funda y las depositó sobre la mesa.

—¿Viene usted solo? —preguntó al tiempo que sacaba el botecito de lentillas.

—Sí.

—¿Usa lentes? —preguntó sin esperar respuesta. Volteó el bote entre sus dedos alzándolo y escrutando con el ojo clínico del joyero en calibrar la autenticidad de las piedras preciosas.

Tres bolsitas redondeadas de preservativos que sonrojaron a Ginés Maldonado («Creerá que vengo por turis-

mo sexual», pensó), dos libros sobre el Che Guevara, la novela de Félix J. Palma, *El mapa del tiempo*, que mostró a otro policía para que leyera algunas páginas, y otro bote de líquido un poco mayor que el de lentes. Nelson Gutiérrez (observó Ginés, sobreimpreso en una chapa que colgaba de su uniforme) fue depositando con parsimonia cada objeto en la mesa.

—¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Una investigación.

—¿Qué investiga... si puede saberse?

—La muerte del Che Guevara.

—¡Ah, eso está bueno! Sabrá entonces usted que el Che es objeto de culto en Cuba.

—Claro.

—Me sorprende lo de la muerte. Los muertos no se investigan, se les da sepultura, se les rinde culto...

Nelson Gutiérrez se detuvo en el último bote líquido. Lo inspeccionó varias veces, más para observar una reacción en Ginés que para extraer alguna información del recipiente.

—¿Qué es?

—Es para el pelo. Para la caída —respondió azorado.

—¿Tiene usted salud? ¿Tiene familia? Entonces... ¿para qué quiere pelo? No se puede tener todo en esta vida, chico —Nelson Gutiérrez aflojó la mueca torcida en su respuesta como si hubiera cesado de un plumazo su representación fiscalizadora.

Ginés Maldonado devolvió nuevamente sus pertenencias a la mochila. Cuando ya se marchaba escuchó nuevamente la cadencia alargada y melódica del policía.

—No creo que sea necesario investigar nada más sobre el Che. Todo está escrito. No sé si me entiende... En cualquier caso, supongo que conocerá a alguien en Cuba que le ayude.

Ginés caminó de regreso hacia Nelson Gutiérrez sin vacilar, con la seguridad que le reportaba saber que la fiscalización había acabado. Introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y le mostró una tarjeta.

Juan Carlos Manuel Fernández Donoso

*Especialista en Relaciones Internacionales*

BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

Avda. Independencia y 20 de Mayo

Plaza de la Revolución

Ciudad de La Habana, Cuba 955-6442